

EL

# ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO



## SUMARIO.

*Hija, esposa y madre*, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Los deseos inmoderados*, poesía, por doña Antonia Díaz de Lamarque.—*No se hizo la miel....* por D. Jerónimo Lafuente.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña María Mendoza de Vives.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.—*LÁMINA*.—Una de tapicería.

Con este número se reparte además el pliego segundo del tomo cuarto de la *Galería de mujeres célebres*.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

### PARTE SEGUNDA.

#### ESPOSA.

(Continuacion.)

II.

LA MARQUESA DE MONTEMAR Á LA SEÑORA DE VALDÉS.

Paris, noviembre de 18..

¡Yo te amo, Mélida! ¡mi corazón vuela hacia tí, y tomo la pluma para suplicarte que depongas tu enojo y me devuelvas tu amistad!

¡Oh, amiga mía! ¡no hay en el mundo nadie á quien yo quiera tanto como á tí! tu dulce imagen está siempre delante de mis ojos; tú, que has sido siempre mi consejera y mi única amiga, no me niegues ahora tu amistad, y dime si eres dichosa en ese rincón donde yo nací, y al que tengo pocos deseos de volver.

Yo te voy á contar todo lo que me ha sucedido desde que me separé de tí.

César está aun tan enamorado, que me cansa y me fatiga: nunca sale mas que conmigo: no se separa de mi lado, y no puedo hacerle comprender que esto es de muy mal tono.

Nada tengo que desear, porque todo me sobra: los trajes ricos, los diamantes, las joyas, los muebles del mas esquisito gusto: César me ha señalado 6,000 duros para alfileres, y los regalos que me hizo, cuando nos casamos, fueron suntuosos: mi lujo es proverbial, así como el de mi casa y el de mis trenes.

Tenemos dos noches á la semana de ópera: una de italianos: otra en la comedia francesa: dedicamos otras dos á algun salón, y la que queda recibimos nosotros en nuestros salones que son soberbios.

Pues bien, Mélida, á pesar de todo esto: no obstante que me sobra cuanto puede halagar á una mujer, me aburro de muerte: yo no sé lo que tengo, pero en todas partes hallo el vacío: ¿y sabes á lo que he recurrido? ¡A dormir mucho! casi todo el día lo paso tendida en un gran sillón de terciopelo, con un libro que se me cae de la mano á los cinco minutos de haberlo tomado, porque me duermo profundamente.

Ya no me gusta leer, ni tocar el piano: ¿para qué? esas son ocupaciones plebeyas que me cansan! además, á mi marido le agrada poco la música, y si no fuera porque casi nunca estamos en casa, pasaríamos la noche durmiendo cada uno en un sillón.

No quiero exagerar al hablar de los home-



nages que he recibido de los hombres mas distinguidos de la alta sociedad: mi figura ha llamado bastante la atencion, y en todas partes se me designa con el dictado de la *bella española*.

César me aburre: es un niño mimado, y que está al mismo tiempo enamorado hasta la pesadez: yo quisiera que se fuera de casa, al club con sus amigos, en fin, que hiciera la vida que corresponde á su clase.

Y tú, mi pobre Mélida, ¿eres dichosa? ¡no lo creo! ¡cómo habrás ya perdido todas tus locas ilusiones respecto á Juan Bautista! aquel delirio romántico, que te condujo á hacerle caso, debe haberse pasado: ahora habrá quedado el labriego tosco, brusco, exigente é irracional. ¡Cuánto te compadezco, bella y delicada flor caída en un pantano! ¿y su hermano Santiago? ¿cuándo se casa con María? ¡tal para cual! ¡deben hacer una pareja digna de contemplarse!

¿Y mis padres? ¿y el vicario? ¿y su hermana que me estaba regañando siempre? Paréceme un sueño que haya vivido yo entre esas gentes, y mas sueño todavía que entre ellas habites tú por tu gusto y eleccion!

¡Ay, Mélida, qué bonito es esto! ¡qué brillantez en los menores detalles! ¡qué gusto tan exquisito en todo!

¡Pero hallo aquí tambien sus desventajas!

Por ejemplo, ya ves tú, si yo viviera en Madrid, la admiracion que causarian mis vestidos y mi lujo casi de princesa: pero este París es una Babel, en él nadie se conoce, en él nadie llama la atencion ni por bien ni por mal.

Aunque los boulevards estén llenos de gente y pase una jóven bonita y lindamente ataviada, nadie le hace caso: lo mismo sucede cuando pasa un mascarón: aquí las mujeres se visten por el gusto de vestirse, y no por lucir su guardaropa, lo cual es bastante triste.

El vicio ha llegado además á un grado que asusta: en toda fiesta pública, los trenes mas suntuosos son los de esas mujeres de reputacion dudosa, así como los mas soberbios carruajes.

Ahora voy á ver si puedo convencer á César de que debe comprar un *chalet* en la magnífica avenida de la Emperatriz: es de rigor y de muy mal gusto el estar ya sin él.

¿Tienes noticias de Clara... y de su esposo?

aquí nos han hablado de él algunas personas que le conocen: se cuentan rasgos magníficos del conde de Peñafiel: era además el alma de los salones por su belleza, su elegancia y el inmenso partido que alcanzaba no solo con las damas; sino tambien con los hombres de la alta sociedad.

¡Si César hubiera sido así!

Pero es justamente todo lo contrario: es un niño fastidioso, al que tengo que dirigir por la fácil senda de la opulencia y del fausto.

Algunas veces está pensativo y triste, y se acuerda de su madre: y á propósito, creo que ya está mucho mejor, y que se vá á vivir á Madrid: al menos esas voces han llegado á mi indolente vida, pues yo no me he cuidado de preguntar: ¿qué interés ha de inspirarme una mujer que parece aborrecerme de muerte?

Yo creo que el vacío que experimento proviene de no hallar en mi marido lo que yo me hab'a figurado. Sí: ¡á tí te lo confío! yo me he casado con César sin amor; la vanidad fué la que me llevó por la mano hasta el altar: y en la union eterna de dos destinos debe haber mucho amor para que no se convierta aquella en un yugo insoportable.

Todo aquello que se me impone, me abruma: ¿Cómo es que tú te sacrificas siempre á tus deberes? ¡Ah! ¡Es que tú eres un ángel, amiga mia, y yo soy solo una mujer! yo debia haber vivido para siempre soltera y no haber ligado mi destino al de este niño inconsecuente y lleno de caprichos.

A nuestra antigua directora, Mme. Honoria, no la escribo: la he tomado horror desde que sé que ella es la que arregló casi el matrimonio de tu hermana con Camilo.

¡Camilo!

¿Por qué no se parece César á Camilo?

Pasad, sueños vanos, que llenais casi siempre mi cabeza. Camilo es de otra: pero ¡oh! ¡si estuviera yo libre y hallase otro que se le asemejara!

Creo que pronto saldremos de París. César empieza á cansarse, y yo lo estoy ya desde hace tiempo.

¿A dónde iremos? Tal vez á Italia ó á Suiza: donde quiera que sea, lo sabrás para que me dediques de vez en cuando un pensamiento.





¿Verdad que ya no estás enojada conmigo?  
mas bien debes estarme agradecida porque libré  
á tu hermana de un esposo como César.

Escríbeme y recibe un abrazo de tu apa-  
sionada

VALENTINA.

(Se continuará.)

**María del Pilar Sinués de Marco.**

## LOS DESEOS INMODERADOS.

Asida al viejo muro  
La humilde yedra crece,  
Y él asiento seguro  
Entre sus grietas con amor le ofrece.

La alegre trepadora  
Con sus guiraldas bellas  
Encubre bienhechora  
Del tiempo destructor las hondas huellas.

Dulce y benigna en tanto  
Hasta el polvo descende  
Y su frondoso manto  
Por los vecinos árboles se estiende.

Y del ardiente estío  
Burlando los rigores,  
Plácido seno umbrío  
Propicia brinda á las galanas flores.

Risueña en tanto el ave  
Trina bajo su sombra;  
Tiende á su pié suave  
El blando cespéd su mullida alfombra.

Y dicha, y paz, y amores,  
Cariñosos la ofrecen  
Los euros bullidores,  
Las plantas todas que á su lado crecen.

Ella ufana y gozosa  
Entre amigos tan fieles  
Nunca anhela orgullosa  
Cual las palmas lucir y los laureles.

Que libre de recelo  
Allí ignorada vive,  
Y en aquel grato suelo  
Blandos halagos sin cesar recibe.

Mas, ah, que pronto asciende:  
Inquieta se apresura,

Y su ramage estiende,  
Del roto muro en la encumbrada altura.

Y hacia el opuesto lado  
Inclinase un momento...  
Allí en estenso prado  
Oye cual vaga susurrando el viento.

Y mira erguidas flores;  
Las mira y le parecen  
De más puros colores  
Que las que hermosas á su lado crecen.

Audaz las ambiciona,  
Con halagarlas sueña;  
Su vergel abandona  
Y sus aves y céspedes desdeña.

Cual lazos de esmeraldas  
Ya entusiasmada inclina  
Al prado sus guiraldas  
Y á las erguidas ramas se encamina.

Llega al fin hasta ellas;  
Mas, ah, vé con enojos  
Que en vez de flores bellas  
Groseros cardos son, rudos abrojos.

Aun al árbol distante  
Llegar osada quiere;  
A él se enlaza triunfante...  
Y es un zarzal que pérfido la hiere.

Triste entonces suspira  
Por su dicha pasada,  
Que en prisiones se mira  
De espinos y zarzaies rodeada.

De sus galas, insanos  
Y fieros la despojan:  
Sus tallos mas lozanos  
Rotos al viento con desden arrojan.

Así marchita vive  
Y en perenal martirio,  
El premio al fin recibe  
De su insaciable afán y su delirio.

¡Cuántos hay en el mundo que anhelantes  
Con falsas glorias y placeres sueñan,  
Y al lanzarse tras ellos delirantes  
La dulce calma de su hogar desdeñan!

Mas en breve suspiran con enojos  
Deplorando su afán y sus errores,  
Al contemplar trocadas en abrojos  
Las que juzgaron esmaltadas flores.

**Antonia Díaz de Lamarque.**



## NO SE HIZO LA MIEL.....

«Esta carta no tiene otro objeto, querido Juan, que el de darte á conocer á dos personas, de quienes no te he hablado antes, porque, si bien es verdad que habia encontrado á una de ellas sin buscarla, que de sobra las hay por aquí, no habia podido dar con la otra hasta hace muy poco tiempo, y he creido conveniente, ó mejor, cómodo, darte á conocer á las dos en una misma carta.

»Una de ellas es una mujer hallada por casualidad, que no de otra manera se consigue dar con mujeres como Marta, no porque no las haya en Madrid, sino porque sus mismas cualidades, su misma manera de ser, y la necesidad que nos obliga á juzgar por apariencias, hacen que pasen ante nuestra vista sin que las veamos.

»Yo que, como sabes, soy aficionado á estudiar, sobre todo á las mujeres, he fijado mi atencion en Marta.

»No faltará quien diga que es una mujer imaginaria; pero te aseguro que la conozco, así como á Lúcas, que es el otro tipo mucho mas comun, que he de describirte mas adelante.

»Quiero que vayas convenciéndote, á pesar de lo que en contra leas y oigas, de que en Madrid hay algo y quizá mucho de bueno, oculto bajo la hojarasca que á todos nos hace iguales, y aunque no me atrevo á asegurarte que haya mas hombres de bien que pícaros, tengo para mí que andan por esas calles muchos corderos con capa de lobos.

»Marta es una muchacha de veinticinco años. Está lejos de ser hermosa. Es una de esas jóvenes á quienes vemos por primera vez, sin que nos causen impresion alguna. Tiene buenos ojos, eso sí, y hé aquí la parte primera que es capaz de enamorarme.

»Al decirte que en los ojos está, para mí, la principal belleza, no quiero que supongas que han de ser negros como la noche, por ejemplo, ó azules como el cielo, etc.; no es el color lo que yo miro, es la expresión que en ellos se manifiesta, son las emociones que allí se retratan, y por donde asoman los sentimientos que llenan el corazón, es el alma que se vé detrás tal como es.

»No vayas á creer que estoy enamorado de Marta. No hago mas que decirte mi opinion acerca de aquellas cosas que veo, oigo, leo ú observo.

»No te diré que Marta tiene los ojos negros ó verdes, boca grande ó pequeña, nariz así ó de otra manera. Solo te diré que hay en su conjunto un no sé qué de agradable, que atrae al que la observa y la trata por algún tiempo.

»Unido esto á su donaire, á su buena conversacion, á sus maneras distinguidas y naturales, puede decirse que Marta es una muchacha graciosa.

»Las mujeres que no son bastante hermosas para despertar una pasion la primera vez que se las vé, son las llamadas á hacer felices á los hombres.

»Marta, pues, es una de estas mujeres. Brilla en su alma la belleza y en su corazón el amor.

»Porque yo creo, amigo mío, que la belleza física vale muy poco; no te he dicho mas que lo necesario para que no pienses que Marta es fea. Es tan quebradiza la belleza del cuerpo, que basta una ráfaga de viento para destruirla. Y esto sin contar con que el tiempo se la va llevando poco á poco con feroz crueldad.

»Cualquiera se figurará al ver á Marta en la calle, y esta tambien es otra belleza, que quien la arregla y la cuida sus hermosos cabellos es la peinadora de mas gusto, que quien le hace los vestidos es la modista mas inteligente y mas coqueta. Sin embargo, yo sé que no es así, y que todas esas cosas que tanto dinero cuestan á otras mujeres, las hace Marta por sí misma, con un gusto esquisito y una inteligencia nada comun.

»Ella se hace un vestido con tal primor, con tal coquetería, que dá envidia á las mismas para quienes es un artículo de primera necesidad la modista, sin la cual esa especie de muñecas de carne y hueso se verian apuradas para salir á la calle.

»Qué quieres que te diga, amigo mío: yo creo que si el hombre dá á conocer lo que es en sus escritos, en sus discursos, la mujer se manifiesta en los mas pequeños detalles de su casa, en las cosas mas insignificantes de la vida doméstica.





»A esta Marta, pues, fué á quien Lúcas miraba con intencion de declararle su amor, y aun hubo indicaciones que Marta tuvo muy buen cuidado de poner en cuarentena, porque conoció á Lúcas casi tan pronto como le vió.

»Marta tenia mas claro el entendimiento que Lúcas, y no es bueno que la mujer sepa mas que el hombre.

»Por otra parte, Lúcas no comprendió lo que Marta valia. Oía decir con frecuencia á sus amigos que Marta era pobre, como era verdad, y que un buen mozo, como él, debía aspirar á mas; por ejemplo, á una jóven rica, ante todas cosas, y además hermosa, que á docenas las hallaria en Madrid.

»Tanto le dijeron y de tanto viento le llenaron su cabeza hueca, que se decidió á no pasar mas adelante con sus conatos amorosos con Marta, y á buscar mujer rica y bonita con quien casarse.

»No encuentro nada mas tonto, ni mas falto de sentido comun, que el oír hablar á un *calabaza*, como Lúcas, de sus aspiraciones, de su porvenir. Todos los que así piensan, que no son pocos, abrigan la esperanza de llegar á poseer una fortuna de primer orden, de ocupar una posicion brillante, y á fuerza de pensarlo, acaban por creer que han de ser hombres notables.

»Figúrate, amigo Juan, si por mas vueltas que dé el mundo, cambiarán la suerte y el destino del asno.

»Marta se vió libre de Lúcas, por lo que, á pesar de sus veinticinco años, dió gracias á Dios con todo su corazon.

»Una de las razones por la que temo á casarme, es que los solteros que saben de antemano la mujer que les conviene: aquellos que mas claras y magnificas teorías tienen sobre el matrimonio, si no son desgraciados despues de casados, son maridos como todos. Voy creyendo que el hombre se trasforma al recibir la bendicion.

»Pero volvamos á Lúcas que, como te he dicho, se lanzó á buscar mujer rica y hermosa. Estas dos cualidades eran las que él apetecia; pero si no las encontraba, se contentaria con la primera. Poco le importaba lo demás.

»Lúcas, á quien no conoces todavía detalla-

damente, es un empleado con cinco mil reales de sueldo: es un escribiente de los que hacen letra mas bonita en la Direccion de loterías. Habla de todo, aunque no ha estudiado ni ha leído mas libros que algunos de esos que se venden á pesar de la buena moral: á estos y á ciertas fotografías es muy aficionado.

(Se concluirá).

Jerónimo Lafuente.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion).

El rencor en un alma noble, es como el hábito que empaña la tersura de un espejo, mancha que desaparece pronto bajo un suave contacto. A ser tratado Salvador con mas blandura, que harto lo merecia su afán por el trabajo, su fidelidad en las cuentas y su hasta entonces bondadosa docilidad, ese defecto hubiera desaparecido entre sus buenas cualidades; pero la mala maña de la maestra que queria llegar á su fin sin pararse en los medios, le habia hecho tomar colosales proporciones.

Dominado por su enojo, caminaba Salvador á largos pasos por la carretera de Girona, cuando fué alcanzado en su marcha por otro que desde largo rato le seguia.

Era este un muchacho de su edad, llamado Dalmacio, que á la circunstancia de ser amigo y compañero desde la infancia, tenia para Salvador la de ser vecino y estar por consiguiente iniciado en algunos de los secretos de su familia.

—¿A dónde vas? le dijo enlazando su brazo con el suyo: te he visto salir de tu casa con cara de pocos amigos, y á tu madre, con las mejillas encendidas y el rostro alterado, asomarse á la puerta para ver sin duda qué camino tomabas. Coloma que salió despues, aun cuando no lloraba, tenia los ojos enrojecidos y apenas podia contener los sollozos; con que cuéntame tus penas, que males comunicados, si no se quitan, se alivian, aunque á decir verdad presumo que la manzana de la discordia es tu indiferencia por Eulalia, la viuda mas bonita que hay diez leguas á la redonda.



Salvador, naturalmente reservado, negó al pronto; pero Dalmacio, sonriendo con malicia, díjole:

—Si lo sé todo, si estos pozos de medianería no permiten secretos entre los vecinos. Con que **vaya**, ¿á dónde ibas?

—A sentar plaza, respondióle Badó con despecho.

Sorprendióse el mancebo y trató de combatir su resolución con fuertes razones. Háblóle del arrepentimiento que sigue siempre á una determinación acalorada, del disgusto que tendría Coloma y de la pesadumbre que daría á su madre, que aun cuando preocupada hoy por un casamiento en contra de otro, podía ceder mañana á los ruegos de su hijo; que la madre siempre es madre, y una gota de agua, cuando es continua, quebranta una peña. Con estas y otras muchas razones, á las que Salvador respondía con el silencio, sacó el brazo de debajo del suyo, y pasándoselo al rededor de la cintura, le hizo dar la vuelta á la villa; y diciéndole que para ahorcarse siempre había tiempo, pues tal conceptuaba él aquello de sentar plaza, le arrastró á un oculto garito.

Jamás había entrado Salvador en una casa de juego; aquella atmósfera cargada, aquel silencio sombrío interrumpido solamente por una voz concisa y el ruido de los metales, aquella luz humeante y fétida, pues en la pieza había ya anochecido y sobre el oscuro tapete de la mesa se veía un velon de dos mecheros, le causaron una impresión estraña.

El amigo, después de haberse hecho sitio en el corro, y colocado junto á sí á Salvador, á quien por ser pájaro nuevo se le cedió el puesto de cabecera, inspeccionó un instante el juego, y como el que conoce sus azares, dijo arrojando unas monedas sobre la mesa:

—A la sota.

Salvador aturdido metió la mano en su bolsillo y sacó de él unos cuantos reales, única cantidad que poseía, y arrojóla al azar en la carta mas próxima, esperando con sombría ta-eiturnidad el resultado de la suerte.

Desgraciadamente esta le fué favorable, y decimos desgraciadamente, porque á perder su corto peculio, hubiera huido con hastío de semejante antro; pero al ganar una, y otra, y

otras muchas veces, una estraña metamórfosis operóse en él: desvaneciósese la ira, su hasta entonces nebuloso porvenir cubrióse con los blancos y dorados celajes de la esperanza, el brillo del metal blanco y dorado que pasaba de en medio de la mesa á su mano, y que ya le pertenecía, fascinó su espíritu y desvaneció su cabeza, como el aliento mortífero del americano boa.

Las horas trascurrían con una rapidez inaudita, ó por mejor decir el tiempo pareció haber suspendido su marcha para él solo, pues los jugadores se relevaban unos á otros sin que se apercibiera de ello; la lámpara se había renovado dos veces sin que siquiera lo notára; su amigo, al retirarse, intentó sacarlo de allí, pero él sin oírle rechazóle con la mano, fija toda su atención en un caballo al que acababa de aventurar un puñado de monedas. Clavados los ojos, que le enardecía la fiebre de la impaciencia, en las cartas que caían sobre el tapete, y en el monton de plata y oro que á su lado se formaba y que tan pronto disminuía como tornaba á crecer con diabólica prontitud, excitando la envidiosa codicia de los jugadores y la reprimida cólera del banquero, saboreaba todas las punzantes y violentas emociones que lleva consigo la perniciosa pasión del juego.

Solo cuando arrojaron los naipes sobre la mesa y una mano femenina abrió de pronto las ventanas de la pieza que inundó la luz del sol, comprendió el joven cómo había pasado la noche; quien allí le introdujo, los jugadores, y sobre todo sus montones de oro y plata habían desaparecido. Solo quedaba sobre aquella mesa fatal el tapete deshilachado y roto por algunas partes, barajas deslucidas y el velon que flameaba, aun cuando oscurecía su luz el resplandor del día. La estancia estaba desierta, desordenada y sucia, las sillas derribadas, y cargada la atmósfera del espeso y nauseabundo humo del tabaco. Allí había quedado él, solitario como aquella luz que iluminára durante la noche su riqueza; riqueza que pasó ante sus ojos con la fascinadora rapidez de una visión fantasmagórica. Se encontraba, pues, pobre y por consiguiente solo; ¡pobre, infinitamente mas pobre que el día antes, pues jugó bajo su palabra cantidades para él enormes, y que en la





embriaguez del momento ofreció pagar antes de tres días!

¡Ay! la ganancia para el novel jugador es como el cebo para el pez y el reclamo para el ave, precedentes seguros de una total ruina. ¿Cómo salir de aquella casa cuando no había tenido el hipócrita pudor de sus compañeros de ausentarse antes que amaneciera? Y sin embargo, era preciso huir de aquella infernal guarida, en donde había penetrado con toda la hermosa indiferencia de una conciencia sin tacha. Convulso, calenturiento, con los ojos hundidos y la faz marchita, sintiendo violentos latidos en las sienes, el corazón oprimido y las piernas entumecidas y débiles, arrancóse de aquel sitio y huyó al campo.

(Se continuará.)

**María Mendoza de Vives.**

## MODAS.

Vuestra revistera os saluda en el nuevo año, amadas lectoras, os desea toda clase de prosperidades, y os va á ofrecer lindas novedades y cariñosos consejos.

No habrá en París, en ese brillante París que ha visitado y recorrido con delicia, ninguna novedad de que no os dé cuenta, pues se las avisan, así que aparecen, las buenas amigas que ha dejado en la capital del vecino imperio.

Empezad, pues, hoy prestándome atención, porque os voy á describir dos trages encantadores; uno para señora jóven, y otro para señorita: ambos están destinados para concierto ó baile, y para una de esas encantadoras fiestas en que tienen lugar las dos cosas.

Es el primero de raso azul claro, y está adornado por un volante de encaje negro, de tejido diáfano y fino que se coloca formando ondas: la pegadura de este encaje se cubre con una fina pasamanería negra y bastante estrecha.

No quiero pasar en silencio un detalle para que las faldas de los vestidos de raso, tan en boga hoy, sienten bien.

Como dicha tela es gruesa, y escesiva la am-

plitud de las faldas en su parte inferior, se nesgan de la mitad para arriba en todos los paños, y así el plegado de la cintura no es voluminoso, cosa tan en contra hoy de la verdadera elegancia.

El cuerpo del vestido, que nos ocupa, es escotado en cuadro, en el pecho y espalda, y está adornado todo alrededor con un rico entredos de encaje, cuyo dibujo debe estar en armonía con el del volante de la falda, y con una pasamanería semejante: por dentro se cose un encaje blanco, por el que se pasa un terciopelito cero azul, para ajustarlo á la espalda y pecho, de modo que forme camiseta; las mangas se componen de un bullon de tul blanco, y de otro de raso azul terminado por un encaje negro.

En fin, una rica cintura de encaje negro, que se anuda por detrás y descende en bandas, completa este traje, tan distinguido como distante de la profusión de adornos, hoy signo infalible de mal gusto, y que ha sido siempre el distintivo del amaneramiento.

Las señoras que posean brillantes, nada pueden elegir mejor para llevar con el vestido ya descrito, que una cruz de estas piedras, sujeta con una cinta de terciopelo negro, para adornar el escote y pendientes iguales.

El adorno se compone de una diadema de cintas azules torcidas, en la cual luce de trecho en trecho una estrella de brillantes.

\*\*\*

El segundo traje, propio para señorita, habla de juventud, de alegría y de esperanza; lo he visto hecho por una hábil modista de esta corte, y destinado á una graciosa jóven de diez y seis años.

El primer vestido es de tafetan blanco, pues el glase, además de ser muy caro, no viste bien para transparentes por su escesiva consistencia; sobre este cae una falda de tul blanco, bullonada, en su parte inferior, hasta la altura de la rodilla: entre estos bullones se colocan escalonados lazos de cinta verde.

Otra segunda falda lisa completamente, cae hasta los bullones de la primera, recortada á ondas en el borde, y estas orilladas de cinta verde.

El cuerpo, de talle redondo, es de tafetan



blanco cubierto de tul, y está adornado por una berta formada por dos bullones separados por una cinta verde: en el pecho, espalda y hombros, lazos mariposas de la misma cinta.

Las mangas están formadas por un pequeño bullon de seda cubierto de tul.

Una graciosa corona de yedra se enlaza con los cabellos, y termina en una flexible rama, que descende por la espalda.

Algunas perlas finas, de diminuto tamaño, deben componer el aderezo correspondiente á este traje: las perlas distan mucho de tener el insolente brillo de los diamantes: son á la par rícas y modestas, elegantes y sencillas, y tienen una ventaja que no alcanza la demás pedrería: la de convenir tan bien á los dorados rizos de una jóven como á los blancos cabellos de una anciana, siempre que en el primer caso su tamaño, por lo pequeño, escluya un gran valor.

Ahora bien: ¿no tenía yo razón al decir que este traje, con sus colores blanco y verde, habla de alegría y de esperanza?

\*\*\*

Subid el peinado, mis jóvenes amigas: se lleva alto, muy alto: los extremos se tocan: en cambio los voluminosos cuernos, los vaporosos erizones, han caído; todo lo que ha subido en la parte posterior de la cabeza, ha bajado junto á la frente: esto ahora no nos parece bonito, y tardaremos algún tiempo en acostumbrarnos; pero todo lo que es de moda, es agnorable.

\*\*\*

Os hablaré ahora, como de cosas de alta novedad, de los vestidos de dos telas, y de los galones de cachemira para adornar trajes de interior y de mañana: nuestra casa de París nos avisa que en breve nos enviará modelos exactos de ambas cosas, y como será en un lindo figurín, según suponemos, no solo os daremos una idea exacta de ello, sino también del modo de aplicarlo, además de nuestra acostumbrada y estensa esplicación, tan clara, que no creemos nos aventaje nadie en este punto.

Terminaré diciéndoos que los gabanes semi-ajustados y marcando el talle se llevan este año la preferencia: se hacen de paño, de terciopelo, de castor, y de seda enguatados para

las señoritas, pues no es de buen gusto que lo lleven de terciopelo, ni visten lo bastante, haciéndolos de telas de lana: los primeros se adornan con pasamanerías: los segundos, con pasamanerías también, aunque mas sencillas, con flecos de felpilla ó con encajitos pequeños.

\*\*\*

Los boas de piel son una graciosa invención para las señoras, y hacen mas favor que los cuellos *Victoria*, también de piel, que hasta ahora hemos usado, y que hacían abultar la espalda: esa especie de collar de piel favorece al rostro y abriga la garganta.

En la próxima revista os hablaré de otras novedades que se preparan en prendidos y hechuras; las joyas artísticas y los peinados del célebre peluquero Mr. Croisart ocuparán nuestra atención, y también algunos trajes de niños y de interior para las señoritas.

Hasta entonces os saluda cordialmente vuestra apasionada

Pamela.

## LABORES.

### Dibujos de tapicería.

Hoy ofrecemos á nuestras amables suscriptoras una lámina tan animada en los colores, como graciosa y elegante en el dibujo.

El número 1.º está destinado para tapete, cuyo tamaño puede variar tomando el canevas mas ó menos grande y estendiendo, á voluntad; el número de los florones que aparecen sobre fondo azul.

El número 2 se compone de dos tiras que pueden emplearse juntas ó por separado. Ambas sirven para bandas de muebles, orlas de *portières*, y esa infinidad de obras en que tanta habilidad saben desplegar las manos femeninas.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

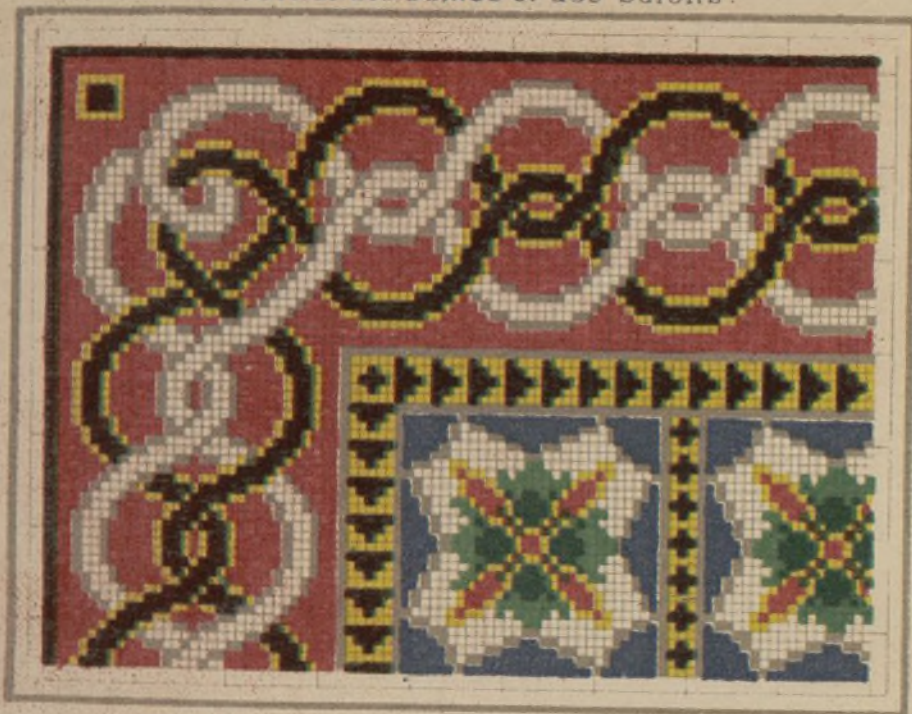
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



LA FRANCE ELEGANTE  
Journal des Dames et des Salons.



EL ANGEL DEL HOGAR

Ayuntamiento de Madrid